

Afro-descendencia y pan-americanismo en el pensamiento antillanista del siglo diecinueve

Dra. Irmay Reyes-Santos¹



Fotografía: Juan Carlos González

Gregorio Luperón, así como Ramón Emeterio Betances, Maceo, José Martí y Lola Rodríguez de Tío, participó en una variedad amplia de redes transatlánticas y antillanas comprometidas con la abolición de la esclavitud y la independencia de las Antillas en el siglo diecinueve. En 1875 Gregorio Luperón ofreció su hospitalidad en Puerto Plata a exiliados/as cubanos y boricuas que escapaban de la persecución del gobierno español en las islas vecinas.

1 La Dra. Irmay Reyes-Santos es una Catedrática Asistente del Departamento de Estudios Étnicos en la Universidad de Oregon. Su perfil investigativo incluye el estudio de propuestas antillanistas y nacionalistas, relaciones dominico-haitianas y dominico-puertorriqueñas, el neoliberalismo en el Caribe y la diáspora africana. Su labor académica se ha desarrollado en afiliación con el Oregon Humanities Center, Center for the Study of Women in Society, Future of Minority Studies Consortium, Syracuse University y el Instituto de Estudios Dominicanos en Nueva York, a quien agradece por motivarle a seguir investigando la obra de Gregorio Luperón.

Siendo el único territorio hispanohablante en el Caribe que tenía su independencia en ese momento, la República Dominicana se convirtió en un eje de gran importancia para la organización de estos independentistas y abolicionistas. El periódico anti-colonial “Las Dos Antillas”, luego conocido como “Las Tres Antillas” y “Los Antillanos”, fue publicado en la República Dominicana por estos exiliados con la ayuda de Luperón aunque el gobierno español constantemente buscaba la cooperación del gobierno dominicano para contenerles. Estos revolucionarios estaban afiliados con la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico basada en Nueva York desde el 1865 y con ella organizaron las famosas insurrecciones del 1868: el Grito de Yara en Cuba y el Grito de Lares en Puerto Rico.

La labor política de Luperón está situada en el momento preciso donde emerge la idea de desarrollar una unidad política y económica de territorios antillanos, el renombrado ideal de la Confederación Antillana que ha sido históricamente compartido por nuestros contrapartes del Caribe de habla inglesa y francesa. Junto con otros pan-antillanistas de la época, como Betances, Luperón apoyaba la independencia de las Antillas y Latinoamérica y la constitución de una confederación de estados antillanos y latinoamericanos. Como pan-antillanista y pan-americanista, él no sólo demandaba la abolición de la esclavitud sino que también buscaba el empoderamiento político de lo que él entendía como una población mayoritariamente de color, el producto de una mezcla racial entre europeos y africanos.

A través de su representación de la composición étnica y racial de la República Dominicana y Puerto Rico, Luperón se rehusó a negar el legado africano e indígena de las islas para exigir el derecho de las mismas a determinar su futuro político y el fin del colonialismo. Su propuesta pan-antillanista y pan-americanista no movilizó retóricamente nociones de pureza racial para demandar el reconocimiento político de aquellos que sólo definían como ciudadano al hombre blanco.² Luperón reconoció abiertamente en sus escritos la mezcla racial que le caracterizaba y su herencia negra para exigir los derechos políticos

2 Historiadores y estudiosas/as de esa época han dejado establecido que ese ciudadano aún en los escritos independentistas y abolicionistas de la época continuaba siendo definido como hombre, véase Lillian Guerra (2005), Rodrigo Lazo (2005), Nancy R. Mirabal (2001) y Josefina Toledo (2002).

de “la gente de color.”³ Y a la vez utilizó modelos políticos hispanoamericanos y europeos para desarrollar su visión del estado-nación. Leyendo a Luperón junto a Ramón Emeterio Betances vemos que afirmar la heterogeneidad étnica y racial del Caribe es un elemento intrínseco al ideal antillanista de integración regional. La Confederación es siempre imaginada constituida por poblaciones afro-descendientes. Esta combinación ideológica de proyectos de integración regional y afirmaciones identitarias raciales y étnicas ha persistido en nuestra historia antillana. Y en estos momentos es articulada tanto por los que apoyan una globalización neoliberal como por aquellos opuestos a la misma.

Por ejemplo, el científico político Jorge Benítez Nazario establece que debe haber un reconocimiento de la herencia cultural compartida entre Puerto Rico y la República Dominicana para facilitar procesos de globalización--en otras palabras, integración económica--entre ambos territorios. En “Reflexiones en torno a la cultura política de los puertorriqueños” (2001) Benítez Nazario está preocupado por las consecuencias negativas que pueda producir la discriminación existente contra poblaciones de ascendencia dominicana en Puerto Rico. Se pregunta:

¿Cómo incide este fenómeno sobre los procesos de integración política regional que se nos presentan como retos económicamente necesarios para el futuro de nuestro contorno geopolítico y nuestra eventual capacidad de competitividad? ¿De qué manera, nuestra intolerancia hacia el vecino, culturalmente similar pero nacionalmente distinto, se convierte en el impedimento para que emerja una voluntad real de integración interestatal...? (97).

Él propone que la integración de los intereses políticos y económicos de la región es esencial para garantizar la competitividad de la economía puertorriqueña. Y para él ese proceso requiere reconocer un legado cultural similar y acabar la “intolerancia” de lo dominicano que existe en Puerto Rico según sus estudios. Al ver esta propuesta de Benítez Nazario notamos que estudiar a los antillanistas del siglo diecinueve es esencial porque ese imaginario decolonial, anti-racista y regionalista continúa siendo inspiración para los caribeños de este momento

3 Utilizo este término a través del texto porque era una frase común utilizada en esa época para hablar de poblaciones no-europeas en las Américas. Es una frase utilizada en los escritos antillanistas de ese momento.

ante las crisis económicas en las que nos encontramos (Ojeda-Reyes: 2000, 31; González: 1978, 43).

Entrando en conversación con esta memoria histórica y sus articulaciones contemporáneas, este ensayo se pregunta lo siguiente: ¿Qué tipo de integración regional buscamos? ¿Con cuáles propósitos? ¿Sería esta apertura a los vecinos caribeños un acercamiento a esos ideales históricos anti-racistas? ¿Sería un proyecto que crea mayores espacios de acción política y económica para poblaciones descritas como no-blancas, para quienes los modelos eurocéntricos no han proveído respuestas satisfactorias ante la pobreza y los constantes esfuerzos de subordinar la región a los Estados Unidos y Europa? ¿O sería una manera de reproducir jerarquías entre países en el Caribe y entre el Caribe, Europa y los Estados Unidos? ¿Cómo creamos alianzas entre poblaciones marginadas del Caribe y la América de Martí que interroguen los legados coloniales de la región? ¿Es la globalización neoliberal la manera en la cual concretizamos los ideales antillanistas del siglo diecinueve y veinte?

Como he argumentado antes, tenemos que cuidarnos de discursos que celebran la integración regional del Caribe y su composición etno-racial y de esa manera ocultan las jerarquías económicas, raciales y étnicas que caracterizan su realidad neoliberal, aquellas que no nos permiten olvidar una historia colonial (Reyes-Santos, 2008).

Gregorio Luperón

Leyendo a Luperón examino tensiones y a veces contradicciones que no nos han abandonado hoy. Analizo cómo respondió él ante los retos ideológicos que se le presentaron en la época. Viendo la manera particular en que él narra la composición étnica y racial de República Dominicana y Haití y cómo esa narrativa incide en sus colaboraciones políticas con Haití, España y Francia nos obliga a meditar sobre cómo incorporamos lo africano y lo indígena en nuestro trabajo político y cuáles son las alianzas que necesitamos establecer en el presente. Luperón y sus colaboradores negociaban paradigmas nacionalistas y antillanistas que requerirían a veces maneras particulares de imaginar las poblaciones del Caribe para justificar sus objetivos.

Luperón ha sido llamado «el indiscutible líder histórico de la futura confederación antillana» (Betances en Cordero Michel: 1998:10). Aun así, las contribuciones ideológicas de Luperón al pensamiento antillanista del siglo diecinueve no han sido examinadas tan a fondo como las de sus contrapartes Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos y José Martí, entre otros. Los tres volúmenes que constituyen sus “Notas autobiográficas y apuntes históricos” (*Autobiographical Notes and Historical Sketches*), publicadas en Mayagüez, Puerto Rico entre 1895 y 1896, ofrecen una oportunidad excepcional para explorar cómo los pensadores nacionalistas y antillanistas de la época imaginaban la constitución racial de la región caribeña y su futuro.

El pensamiento independentista de Luperón es muy distintivo porque emergió en conversación con los procesos históricos que marcaron profundamente a la isla que experimentó la colonización europea así como su independencia del yugo colonial antes que el resto de Latinoamérica. La unificación de la isla bajo Haití entre 1822 y 1844, las luchas independentistas dominicanas contra Haití y España, y la Guerra de Restauración (1861-1865) son elementos históricos que permean a través de las “Notas”. Esta historia es lo que hace que el pensamiento antillanista y pan-americanista de Luperón requiera una serie de negociaciones ideológicas que no se encuentran tan claramente en otros interlocutores antillanistas de ese momento. Las “Notas autobiográficas y apuntes históricos” nos permiten observar cómo Luperón conceptualizó un pan-antillanismo que a veces no parece concordar con las premisas raciales de su propuesta nacionalista.⁴

Luperón imaginó a Haití y la República Dominicana como lugares que compartían la misma mezcla racial. Es significativo que encontramos esa descripción de la isla en el primer capítulo de los tres volúmenes que constituyen sus “Notas”. El cuestionó a aquéllos que imaginaban a Haití como un lugar cuya composición racial era opuesta a la realidad dominicana⁵. Ese énfasis en las similitudes entre los pueblos haitianos y dominicanos, y la necesidad de solidaridad entre ellos, nos muestra que para Luperón era necesario desarrollar un imaginario anti-

4 Véase Luperón, héroe y alma de la restauración: Haití y la revolución restauradora (Hernández Flores, 1983), “Luperón y Hostos” (Rodríguez Demorizi, 1975), *Andanzas patrióticas de Luperón* (Castro Ventura, 2002), *Anexionismo y Resistencia: Relaciones dominico-norteamericanas en tiempos de Grant, Báez y Luperón* (Núñez Polanco, 1997) y *Perfil nacionalista de Gregorio Luperón y Gregorio Luperón: biografía política* (Tolentino Dipp, 1977).

5 Véase *The Imagined Island* (San Miguel, 2005).

racista y anti-colonial que defendiera a la isla entera. Según Luperón, las dos naciones estaban habitadas por una mezcla entre los europeos y los africanos:

“Son éstas la europea y la africana, que al cruzarse entre sí, han producido otra raza mixta, participando de ambas, según la preponderancia de una u otra sangre, la cual tiende por la ley de los climas a volver a la raza primitiva de la isla, y representa ya un papel muy importante, para el porvenir de estas dos Repúblicas heroicas, que deben llegar aun acuerdo definitivo que les permita garantizar mutuamente su independencia y su integridad nacional y desarrollar sin estorbos los prodigiosos elementos de riqueza que poseen” (vol. 1, 27).

A diferencia de otros pensadores latinoamericanos que en ese momento buscaban el blanqueamiento de las poblaciones de la región a través del mestizaje, Luperón creó una narrativa donde la mezcla de razas llevaría a las poblaciones del Caribe a sus raíces indígenas. Luperón imaginó a los haitianos y dominicanos convirtiéndose en la raza indígena originaria de la isla antes de la llegada de los españoles y los franceses.

Esta narrativa de la composición demográfica de Haití y República Dominicana se refiere a teorías raciales de la época que asociaban el clima con la composición racial de las personas. Se asumía que la raza de los habitantes indígenas de las Antillas correspondía al clima tropical de la región, o sea que el clima determinaba la raza de una población. A mitad del siglo diecinueve se teorizaba también sobre cuál sería el resultado de las mezclas raciales en las Américas. Escritores, científicos, historiadores, entre muchos, se preguntaban: ¿Serán más blancos, o más indios, o más negros los descendientes de mestizos y mulatos? ¿Qué combinación racial es más conducente a la civilización del continente?

En “The Imagined Island: History, Identity and Utopia in Hispaniola”, Pedro L. San Miguel discute algunas narrativas nacionales dominicanas del siglo diecinueve que contestaban estas preguntas a base de una ideología anti-haitianista:

The definition of 'Dominican' became 'not Haitian.' This dichotomy could be seen in nearly every sphere: Haitians practiced voodoo, Dominicans Catholicism; Haitians spoke Creole, Dominicans Spanish; Haitians were black, Dominicans were of mixed race or white. More than this, Haitian culture and society were seen as an extension of Africa, whereas Santo Domingo clung to its pure Spanish origins. (39)

La definición de lo 'dominicano' se convirtió en lo 'no-haitiano.' Esta dicotomía podía ser vista en casi cualquier esfera: los haitianos practicaban vudú, y los dominicanos practicaban catolicismo; los haitianos hablaban Kréyol y los dominicanos hablaban español; los haitianos eran negros y los dominicanos eran mestizos o blancos. Y aún más, la cultura haitiana era vista como una extensión de África, mientras que Santo Domingo había afianzado sus orígenes puros españoles. (39)⁶

San Miguel en su libro nos muestra que, a diferencia de lo que algunas generalizaciones de esa época nos puedan dejar entender, había una variedad de narrativas sobre la constitución racial de la isla. Vemos aquí, por ejemplo, que Gregorio Luperón también nos habla sobre mezcla racial y cultural pero la asocia tanto con la República Dominicana como con Haití. Esa mezcla enfatiza el legado indígena sobre otros en un momento en "Notas" donde Luperón está comprometido con fortalecer una visión decolonial común para ambos países. Luperón imagina que la mezcla racial entre lo africano y lo español llevaría a las poblaciones de la isla a adaptarse a su ambiente, al clima del área, y naturalmente convertirse en un conglomerado racialmente indígena. En otras palabras, los descendientes de los africanos y europeos que habían llegado a la isla serían indios.

Reclamando las raíces indígenas de los dominicanos y haitianos, Luperón desarrolló una herramienta retórica que implícitamente sostenía un proyecto anti-colonial; sugirió entonces que los dominicanos y los haitianos tenían el derecho legítimo de gobernar la tierra donde vivían como herederos de los pueblos que habitaban la isla antes de la conquista. En la narrativa de Luperón,

6 Traducción de la autora.

los europeos eran impostores e invasores tratando de gobernar en una tierra que nunca les había pertenecido. Luperón ve a Haití y a República Dominicana compartiendo una lucha constante contra el colonialismo y sus legados en la isla:

“Desgraciadamente pasaron por ella [la isla], cual horrosas tormentas, dominaciones inicuas, dejando por herencia a las nuevas generaciones, los vicios y los odios de la esclavitud y la tiranía, a tal extremo, que todavía están sus habitantes padeciendo las consecuencias de esos horribles azotes” (vol. 1, 26).

Él compara el colonialismo con el desastre, caos, enfermedad y muerte dejada por las tormentas que azotan a las Antillas cada año y sugiere que esa violenta herencia se encuentra afianzada en la tierra misma que constituye a estas dos naciones. Luperón afirma que tanto Haití como la República Dominicana comparten un legado colonial turbulento que no les permite establecer sistemas de gobierno estables y democráticos en ese momento histórico.

Su creencia en un pasado colonial común y un futuro racial similar sirve en la retórica de Luperón como base para las alianzas anti-coloniales que proponía y creaba entre Haití y la República Dominicana. Estas colaboraciones fueron cruciales durante la Guerra de Restauración (1863-1865) contra el renovado gobierno español en República Dominicana y las revueltas contra los presidentes dominicanos Pedro Santana y Buenaventura Báez. En 1861, Pedro Santana permitió que España volviera a ejercer su dominio en la República Dominicana y en 1869 Buenaventura Báez trató de anexar la República Dominicana a los Estados Unidos o vender la Bahía de Samaná a inversores estadounidenses. Tanto en República Dominicana como en Haití se entendió que estos planes hacían peligrar la independencia de ambos países y requería que ambos aunaran esfuerzos para detenerlos.

La violencia experimentada por los que confrontaron a Santana y a Báez hace que Luperón aprecie a través de sus “Notas” la ayuda prestada por Haití, aún cuando también documenta diferencias políticas con dirigentes haitianos y dominicanos comprometidos con la independencia de la isla. Por ejemplo, Luperón nos dice que Báez se convirtió *“en un malhechor de Estado”* y que el

gobernante *“persiguió cruelmente a todos los que no apoyaban su causa”* (vol. 2, 50). Fue significativo para la lucha que los presidentes haitianos Fabré Nicolás Geffrard y Nissage Saget, entre otros oficiales haitianos, ofrecieran recursos y asilo político a Luperón mientras dirigía su ofensiva contra estos proyectos colonialistas durante las décadas de 1860 y 1870. Se entendía en ambos lados de la isla que permitir que España o los Estados Unidos poseyeran o rentaran territorio nacional era una amenaza a la soberanía nacional de Haití y la República Dominicana.

La doctrina expansionista de los Estados Unidos en el Caribe y Latinoamérica se hacía más evidente cada día. Por lo tanto, las fuerzas anti-colonialistas dominicanas y haitianas buscaban la manera de mantener fuera de la isla tanto a los viejos poderes coloniales de España y Francia, como a la recientemente creada nación estadounidense. En otras palabras, la manera en que Luperón imaginó a dos naciones que compartían la misma composición racial y el peligro de una eventual recolonización por parte de España o los Estados Unidos venía acompañada de una serie de alianzas políticas concretas con contrapartes haitianos, así como de cubanos y puertorriqueños.

La política decolonial y anti-racista que inspiraba esos esfuerzos incidió en su antillanismo y pan-americanismo. Luperón deseaba consolidar la voluntad hemisférica necesaria para crear su soñada confederación antillana y latinoamericana; una confederación que en el imaginario antillanista hispanohablante del siglo diecinueve incluía a Puerto Rico, Haití, Cuba, República Dominicana, St. Thomas, Jamaica, y cualquier territorio que había estado bajo dominio colonial. Esa confederación contaba, según Luperón, con todos los recursos humanos posibles sin discriminar a nadie en base a su raza, origen étnico o práctica religiosa. Su discurso para la campaña electoral del 1888 pedía a los dominicanos:

“Establecer relaciones amistosas y de comercio con las naciones de Europa y América, estrechar esos preciosos vínculos con los pueblos latinoamericanos, nuestros hermanos naturales, sin excluir ninguna raza, pues no hay elemento que le dé al Estado mayores rentas que el hombre” (vol. 3, 247).

En ese mismo discurso, Luperón exige la libertad de imprenta, libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad de culto, entre muchos otros derechos que garanticen la posibilidad de que todos puedan participar libremente en la protección de la Constitución y la soberanía del país. Nos dice que “La República tiende sus brazos a la amistad de todas las naciones y a la inmigración de todos los pueblos, y cuenta en caso de necesidad con el concurso de todos sus moradores para la defensa de la independencia nacional” (248). La propuesta de una nación dominicana abierta a toda inmigración y que respete los derechos políticos de todos los habitantes, dominicanos o no, del país, refleja la visión pan-americanista y antillanista de Luperón.

La lógica decolonial de esa confederación, según Luperón, requería que se acabara la discriminación, exclusión y explotación racial en el continente y una resistencia colectiva al imperialismo estadounidense. No es sorprendente que cuando Luperón y Ramón Emeterio Betances intentan crear en la década de 1880 la Unión Latinoamericana, una entidad comprometida con la soberanía política de los países latinoamericanos y caribeños, lo hacen en Francia y con el apoyo de intereses franceses. De esa manera se intentaba coartar la influencia política y económica de los Estados Unidos de América en el continente. A través de esa Unión se apoyó que Francia fuera quien desarrollara el proyecto del Canal de Panamá, no los Estados Unidos. Su afirmación de una comunidad panamericana, inclusiva de toda la gama racial del continente, retó políticas públicas racistas y expansionistas de Estados Unidos y Europa, así como las que intentaban blanquear poblaciones latinoamericanas en ese momento, ya sea a través del genocidio, la expropiación de tierras, la criminalización de tradiciones africanas e indígenas y la promoción oficial de movimientos migratorios de Europa hacia el continente⁷.

“Notas autobiográficas” documenta la política antillanista y panamericanista de Luperón y otros aliados, así como su nacionalismo. El propósito de los tres volúmenes fue producir una historia de la República Dominicana desde la Guerra de Restauración y explicar cuáles fueron las contribuciones de Luperón a esa historia nacional:

7 Véase *Race and Nation in Modern Latin America* (Appelbaum et al, 2003) y *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World* (Geggus, 2001).

“Esta obra no es la historia completa de la titánica Guerra de la restauración de la República Dominicana; mas será un auxiliar poderosísimo para los historiadores que la escriban. En ella encontrarán, como en una fuente viva, la narración de sucesos ciertos, conocidos del pueblo viril de aquella memorable época y conservado por la tradición”. (vol. 1, 8)

Usualmente se analizan las cualidades autobiográficas o el valor histórico, documental, de las “Notas autobiográficas y apuntes históricos”. Pero no es sólo una autobiografía ni una narrativa histórica. Es una compilación de documentos que además de ofrecernos un lente a través del cual entender la historia de la República, también está mediado por la construcción de Luperón como sujeto, héroe, nacionalista. Él espera que los historiadores las utilicen en el futuro. Incluye cartas, documentos de gobierno, reseñas de figuras históricas y discursos entremezclados con sus notas autobiográficas. De esa forma ofrece una fuente invaluable de información para estudiosos de la historia dominicana y también crea una relación simbiótica entre la nación y él mismo.

Su autobiografía -la manera en que surge su conciencia nacionalista y su compromiso con la defensa de la soberanía nacional de la nación dominicana por cuatro décadas- se convierte en la historia de la República Dominicana:

“Sirve también este libro de alegato en causa propia, del personaje que motive y que hace esta exposición, tan gratuitamente calumniado por aquellos que tanto empeño tienen en apagar la gloria del pueblo dominicano; y que jamás ha tenido por ideal sino la felicidad de la Patria, a la que espera ver libre y gloriosa”. (vol. 1, 8)

El triunfo de las fuerzas nacionalistas que detuvieron la renovación del dominio español en la República Dominicana en 1865 fue un momento de vital importancia para el proyecto de construcción de una nación dominicana, así como para Luperón como sujeto nacionalista. En ese momento comenzó su vida como actor político comprometido con la soberanía nacional. Luperón sugiere que la nación no existiría sin él. Estos reclamos se hacen en el momento cuando él se encuentra exiliado de la República Dominicana por el gobierno de Ulises Heureaux en 1895. Tiene sentido entonces que Luperón se construya a

si mismo como un “personaje” de la historia que narra en “Notas”, una historia que le ayuda a reivindicar su rol como héroe nacional y por lo tanto su derecho de regresar a la República Dominicana. La nación lo necesita tanto como él la necesita a ella.

Aquí vemos que aunque Luperón es uno de los promotores principales del ideal antillanista en el siglo diecinueve, su narrativa tiene un énfasis nacionalista que necesita ser estudiado. Su nacionalismo es lo que motiva su colaboración con otras Antillas en su búsqueda de un sistema de apoyo que les permita a todas gozar de su soberanía. Y es un nacionalismo que reconoce y afirma la afro-descendencia de los dominicanos. Al mismo tiempo estas “Notas” de la historia dominicana reiteran unos vínculos culturales con España que interrogan la narrativa antillanista que Luperón desarrolla al principio del texto en sus referencias a Haití. El se muestra agradecido con España y la ve como una madre de la nación dominicana: “España no tiene enemigos en las naciones que fueron sus colonias en América, sino hijos emancipados, que son para los españoles, verdaderos hermanos” (31). España aparece entonces, no como una usurpadora de la tierra de los indígenas, sino como una madre generosa que dejó su legado lingüístico, racial, religioso y cultural en el Caribe. En este punto, Haití se convierte en un enemigo de la República Dominicana y de ese legado.

Al desarrollar esta metáfora de una familia hispánica transatlántica, la manera en que Luperón representa las relaciones entre haitianos y dominicanos cambia. En este momento en el texto, las luchas de independencia de República Dominicana para acabar su unión de 22 años con Haití, se vuelven en actos necesarios para mantener la herencia hispánica y por ende la fibra moral del país:

“El pueblo dominicano defendía más que su independencia; defendía su idioma, la honra de sus familias, la libertad de comercio, la moralidad del matrimonio, el odio a la poligamia, mejor destino para su raza. . . Era la lucha solemne de costumbres y de principios diametralmente opuestos, de la barbarie contra la civilización. . .” (34)

Aquí Luperón reitera distinciones lingüísticas, culturales, religiosas, morales y raciales entre Haití y República Dominicana que eran apoyadas por ciertos

sectores de la élite del país y por discursos de blanqueamiento desarrollados por élites latinoamericanas⁸. Estos proyectos de blanqueamiento asumían que había que disminuir o eliminar las poblaciones no-europeas del continente para lograr modernizarlo a través de la mezcla racial, la migración de europeos y el genocidio. Se asume entonces que pertenecer a una familia hispánica significa estar en oposición a la barbarie y falta de civilización que Luperón le atribuye al pueblo haitiano. Y pertenecer a esa familia hispánica es lo que justifica entonces la separación de República Dominicana de Haití.

Aunque Luperón cuestiona la idea que sólo los europeos podían tener autonomía política, y afirmó la soberanía nacional, mezcla racial e intereses compartidos entre Haití y la República Dominicana, él imagina una nación independiente que reproduce prácticas culturales y religiosas españolas. Su sujeto nacional es racialmente indígena y culturalmente hispánico.⁹ Es de notar también que en esta narrativa se asume que los pueblos originarios habían desaparecido en vez de ser parte integral del mestizaje que caracteriza a la isla.

No llamo atención a estos aspectos de “Notas” para dejarnos simplemente con una crítica de la obra política de Luperón. Lo que me interesa es prestar atención a las tensiones y contradicciones que estos revolucionarios enfrentaban en su momento. Al fin y al cabo Luperón siempre afirmaba que él era dominicano y antillano. No podía imaginar ser una cosa sin la otra (Torres-Saillant: 2006, 144). Y en su obra política, Luperón luchó junto a haitianos contra el gobierno español en la isla, y promovió el secularismo del Estado, la libertad de religión, los derechos políticos de la gente de color y la necesidad de alianzas interraciales e internacionales. Él se encontraba negociando los dilemas políticos de su época y la realidad de un exilio que le llevó a publicar sus “Notas” en una de las últimas colonias españolas, Puerto Rico. Los escritos de Ramón Emeterio Betances revelan los retos ideológicos y retóricos que enfrentaban figuras como su amigo Luperón en esa época. Él también debe negociar su crítica anti-colonial de la supremacía blanca, el colonialismo europeo y las movidas estratégicas de una lucha política con limitados recursos económicos y humanos.

8 En *The Imagined Island* (La isla imaginada) San Miguel discute cómo nociones de civilización y barbarie caracterizaron ciertos discursos nacionalistas dominicanos (82-84).

9 Para análisis similares de cómo se ha descrito lo que es ser dominicano o dominicana, vea el libro *Black Behind the Ears* de Ginetta Candelario y su discusión de narrativas históricas y etnográficas en República Dominicana y los Estados Unidos.

Ramón Emeterio Betances

El revolucionario puertorriqueño Ramón Emeterio Betances retó narrativas nacionales puertorriqueñas que estaban siendo consolidadas en la Isla a mediados del siglo diecinueve. En la imaginación autonomista, Puerto Rico era la hija legítima de España que merecía autonomía de ella, pero no necesariamente su independencia. Estos pensadores frecuentemente diseminaban una identidad puertorriqueña que explicaba las diferencias entre ellos y los españoles, y a la vez enfatizaba las características hispánicas de la cultura puertorriqueña. La migración blanca a Puerto Rico y a Cuba desde Europa era motivada por el gobierno español para blanquear la población y alegadamente prevenir revoluciones negras inspiradas por la Revolución Haitiana de 1804¹⁰. Por su parte, Betances valoró la negritud de las Antillas y constantemente discutía la necesidad de alianzas inter-raciales en su trabajo abolicionista e independentista. Según Betances, Puerto Rico, así como Cuba, estaban poblados por la “*raza de color*” (77). Su abolicionismo intentaba conseguirle derechos políticos y sociales a una mayoría racial marginada por el gobierno español en estas islas.

Por estas razones él no agradecía a España ninguna de sus concesiones a las colonias y denunciaba las medidas pasadas para limitar la movilidad social y económica de los esclavos libertos en Puerto Rico y Cuba entre 1873 y 1886. Le llamada a estas medidas el “*klu-klux klan de la libertad*” En su trabajo él incluía también a los trabajadores chinos que habían sido traídos a Cuba después de la abolición de la esclavitud. Los veía como un ejemplo de la continua violencia a la que eran sometidos aquellos no entendidos como blancos bajo el gobierno español. Betances describía a España como el obstáculo principal para la consecución de sus ideales, para obtener “*no solamente la abolición de la esclavitud, sino el reconocimiento, para el esclavo, de todos los derechos del ciudadano*” (73).

En respuesta a los que admiraban a España por su gradual abolición de la esclavitud en Puerto Rico, la proclamación betanciana “La abolición de la esclavitud en Puerto Rico” del 1872 discute una historia de violencia política

10 Veá la colección de David P. Geggus, *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*.

de España contra los abolicionistas e independentistas. Al denunciar la política racial española, Betances no estaba interesado en afirmar la herencia hispánica de Puerto Rico. Él afirma que la esclavitud terminará acabando a España:

“...que la institución disolvente, desorganizadora de la esclavitud, acabará de consumirla [a España], y que sobre todos sus hechos ha de pesar, con todo el peso de mil y mil crímenes acumulados durante más de tres siglos, la justa reprobación del mundo civilizado”.(77)

Betances arguye que los puertorriqueños no le deben agradecer a España por el decreto que ordenaba la abolición de la esclavitud sino que deben reconocer que otros países habían presionado por años a España para conseguirlo. Él afirma que la liberación de los esclavos es una victoria de la gente de Puerto Rico, que lo llevaba pidiendo por siglos.

Haití se convirtió en la retórica betanciana en un precedente, un ejemplo para las Antillas y un aliado natural para los proyectos independentistas de la región. Al ganar su independencia, Haití había interrogado las ideas racistas que limitaban quién podía ser independiente y quién podía ser ciudadano en las Américas de entonces. En una carta de 1882, publicada en París en un volumen titulado “Los detractores de la raza negra y de la República de Haití”, la manera en que Betances habla de Haití le permite afirmar la humanidad de todas las poblaciones afro-descendientes. Betances firma y se auto-identifica como el Antillano, y se ve a sí mismo como el producto de un proceso de mezcla racial que ha poblado a Puerto Rico con una mayoría de color y que puede reclamar la historia de Haití como la suya propia¹¹. La imagen de Haití se convierte en su escritura en un ejemplo de la capacidad de poblaciones afro-descendientes de determinar su propio rumbo a través del Caribe. Así él muestra su apoyo a Haití como nación que afirma su negritud y que tomó su independencia a través de una lucha por la abolición de la esclavitud; pero también convierte a Haití en una imagen retórica que representa otras poblaciones, no sólo la haitiana.

11 Para una comparación detallada de las narrativas de creolización de Ramón Emeterio Betances y Gregorio Luperón, véase un artículo de la autora que será publicado prontamente por [Callaloo](#) bajo el título: “On Pan-Antillean Politics: Ramón Emeterio Betances and Gregorio Luperón Speak to the Present”.

Respondiendo a los comentarios racistas del periodista parisino Leo Quesnel, Betances muestra que los haitianos tienen la misma capacidad intelectual de los europeos para ser exitosos en acciones militares y políticas. Y, por ende, no sólo los haitianos sino también otros afro-descendientes tienen el derecho a determinar su propio porvenir. Betances firma la carta “El Antillano” afirmando una identidad antillanista que lo ata a la región entera. Él no simplemente escribe como un aliado de Haití, sino que se identifica con su historia y la asume como la suya propia y del Caribe.

La retórica betanciana narra una serie de alianzas inter-raciales y que envuelven directamente a Haití. En un discurso de 1870 él toma la alianza del líder haitiano Alexandre Pétion y Simón Bolívar durante las Guerras de Independencia como punto de partida para promover las alianzas entre blancos, gente de color y esclavos en las luchas independentistas cubanas entre los años 1868 y 1878: *“Tales son nuestros precursores, ¡oh cubanos! ¿Puede creerse que estamos condenados a morir esclavos?”* (62). Betances ve en una genealogía de luchas inter-raciales, antillanistas y panamericanistas, a los predecesores de un movimiento nacionalista cubano. Pétion envió tropas haitianas a apoyar los esfuerzos independentistas de Simón Bolívar a principios de siglo. Y demandó que Bolívar aboliera la esclavitud en las nuevas naciones independientes. Betances admiraba la alianza entre estos hombres y afirmaba el rol que Haití había jugado en las luchas de independencia y abolicionistas de Latinoamérica. Su trabajo político era sostenido por colaboraciones similares.

A la vez que reconoce en «Los detractores» que Francia fue uno de los poderes que sometieron a Haití, Betances rápidamente afirma que: *“Ciertamente, no hay pueblo que goce de simpatías más profundas. No digo sólo de Haití, sino en América del Sur, que los franceses. Esas simpatías valen la pena de ser cultivadas”* (100). Esa afirmación es de vital importancia en los años 1880 cuando él y Luperón se encontraban tratando de cumplir el sueño de Bolívar de unificar a Latinoamérica. Mientras desarrollaba una crítica constante del colonialismo europeo y su lógica racial, él también buscó apoyo en Europa, especialmente en Francia, para sus proyectos. En el 1880, como mencioné anteriormente, ellos crearon la Unión Latino Americana en París, la cual contaba con el apoyo de inversores franceses para proyectos como el Canal de Panamá (Luperón vol. 3,

133). La Unión era el primer paso en lo que veían como la inevitable constitución de una confederación de naciones latinoamericanas y caribeñas.

Aunque Betances asume una crítica de España en sus escritos y lo que entendía como su proyecto de supremacía racial, y defiende los derechos de poblaciones de color en las Américas, él no rechazaba la influencia política de Europa en su pensamiento ni la ayuda de países europeos, especialmente Francia, aunque este país era todavía un poder colonial en el Caribe, Africa y Asia. Podemos asumir que el parentesco francés de Betances, su educación y largo exilio en ese país y la necesidad de obtener aliados para la lucha independentista nos explica el rol que juega Francia en su retórica y práctica política. Vale la pena notar que Betances pasó una buena parte de su vida en Francia. Se educó en París en los cuarenta, participó en la revuelta del 1848 que abolió la esclavitud en los territorios franceses y estableció la Segunda República, y su relocalización a Francia en los setentas. Él pasó las últimas dos décadas de su vida en París, donde aprendió y admiró varias tendencias políticas del país. El historiador, y antologista de Betances, Félix Ojeda-Reyes afirma que, de manera similar a las élites criollas latinoamericanas, él buscó modelos que replicar, así como recursos, tanto en Inglaterra como Francia (32)¹².

Los escritos de Betances revelan los retos ideológicos y retóricos que enfrentaban figuras como él en esa época. El debe negociar su crítica anti-colonial de la supremacía blanca, el colonialismo europeo y las movidas estratégicas de una lucha con limitados recursos. Se auto-identifica como el Antillano, y se ve a sí mismo como el producto de un proceso de mezcla racial que ha poblado a Puerto Rico con una mayoría de color y que puede reclamar la historia de Haití como la suya propia. La imagen de Haití se convierte en su escritura en un ejemplo de la capacidad de poblaciones afro-descendientes de determinar su propio rumbo a través del Caribe. En su trabajo ese rumbo requiere de alianzas que crucen líneas raciales. Además, mientras desarrollaba una crítica constante del colonialismo europeo y su lógica racial, él buscó apoyo en Europa-especialmente Francia-para sus proyectos. Junto con Betances, Luperón también cooperó con los franceses y Haití, y luchó contra el dominio español en las Antillas, Estas fueron

12 Sobre la influencia latinoamericana, francesa y británica en el pensamiento antillanista, véase *Pasión por la libertad*.

las realidades prácticas de una lucha frontal contra el colonialismo europeo y el emergente imperialismo estadounidense, “el monstruo del Norte”, como nos decía el cubano José Martí.

Reflexiones finales

Para nosotras/os en el Caribe el antillanismo y el panamericanismo han sido propuestas de más de dos siglos que perduran a través de la región. En el siglo diecinueve pensadores y revolucionarios como Gregorio Luperón, Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, Lola Rodríguez de Tío, Maceo y José Martí fueron varios de los impulsores del proyecto de una confederación antillana y latinoamericana de naciones independientes. Estos pensadores y estas pensadoras estaban comprometidos con un proyecto anti-racista, anti-esclavista y anti-colonial para todo el continente. Ellos y ellas desarrollaron redes de movilización política que cubrían el continente y envolvían a exiliados y aliados en Europa. La Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico en Nueva York fue esencial para este trabajo. Miembros de esa Junta encontraron refugio y apoyo logístico en República Dominicana y Haití mientras luchaban por la abolición de la esclavitud y la independencia de Cuba y Puerto Rico. Y también proveyeron asistencia militar y económica a las luchas independentistas de la isla frente a España y el expansionismo estadounidense. En el siglo veinte el legado de estos movimientos continuó manifestándose en los escritos de pensadores hispanohablantes como Fidel Castro, Che Guevara, Luis Rafael Sánchez y Ana Lydia Vega, y escritores de habla inglesa y francesa como C.L.R James, Kamau Brathwaite, Édouard Glissant y los Creolistas de los territorios franceses de ultramar en el Caribe. Los encontramos tratando de imaginar cuáles son las herencias raciales, culturales y políticas que atan al Caribe y Latinoamérica y de qué manera la región podría actuar como un conjunto para sobrepasar sus historias coloniales y la amenaza constante de intervención militar y dependencia económica del Norte.

Las ideas antillanistas y pan-americanistas de nuestra historia se nos presentan hoy día como acuerdos de libre comercio bajo el modelo neoliberal y en momentos en que cuestionamos las consecuencias de ese modelo para poblaciones marginadas, como en la Cumbre de los Pueblos de las Américas

que discuto brevemente en esta sección. Un paradigma regionalista parece ser la respuesta natural de las Antillas ante los retos económicos que caracterizan la globalización neoliberal y su manifestación en tratados de libre comercio propuestos por los Estados Unidos como FTAA (Acuerdo de Libre Comercio de las Américas). Mientras el Caribe enfrenta impulsos antillanistas neoliberales, ya sea a través de CARICOM, ALBA, la Cumbre de los Pueblos, la Asamblea de Pueblos Caribeños y otros organismos, debe hacerse las mismas preguntas que Luperón y Betances se hicieron en su momento: ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Con quién? Y, ¿cómo movilizamos los impulsos nacionalistas y regionalistas que nos caracterizan?

En la IV Cumbre de los Pueblos de las Américas (Trinidad y Tobago, 2009) estas preguntas tomaron relevancia a un nivel hemisférico. Esta reunión de movimientos sociales, uniones laborales, organizaciones no-gubernamentales y activistas de todo el continente fue un reto a las propuestas de globalización neoliberal de la Cumbre de las Américas que ocurrió simultáneamente en Trinidad en donde también se encontraban los presidentes de cada nación americana, excepto Cuba. El 18 de abril del 2009 un mensaje fue enviado a la Cumbre de las Américas de parte de la Cumbre de los Pueblos. Se demandaba lo siguiente: la incorporación de Cuba a foros políticos hemisféricos, la cancelación de la deuda del Sur, el reconocimiento de los derechos de las poblaciones indígenas y las mujeres, el fin de tratados de libre comercio, el retiro de fuerzas militares estadounidenses de Latinoamérica y el Caribe, el fin de políticas unilaterales estadounidenses, la independencia de Puerto Rico y otras colonias antillanas, y encontrar una solución a la crisis económica que siguiera el llamado «modelo del buen vivir»¹³.

Fue impactante la manera en que este modelo propuesto por la Coordinadora Andina de Pueblos Indígenas, representados allí por Guillermo Churuchumbí, entre otros, se volviera el eje central de la propuesta anti-neoliberal de la Cumbre. Este modelo garantiza la soberanía alimentaria de los pueblos, exige que no se privaticen los recursos naturales, pide que se le pague la deuda ecológica al Sur y que se desarrollen fuentes de energía sostenible. Una forma de ver el

13 Vea www.caribe_america.blogspot.com para cobertura y entrevistas sobre la Cumbre de los Pueblos del 2009.

mundo originaria de las Américas y proveniente de poblaciones históricamente marginadas desde la invasión europea por ser indígenas fue el lugar de consenso para todos. Además, Nnenna Ozobia de TransAfrica añadió que teníamos que reconocer cómo las comunidades indígenas y las afro-descendientes sienten el peso de las políticas neoliberales a un mayor grado por la manera en que de por sí enfrentan legados coloniales y racistas día a día.

Vimos en la Cumbre de los Pueblos la necesidad de afirmar la especificidad de las realidades afro-descendientes e indígenas frente a la globalización neoliberal del Caribe y Latinoamérica. Y fue una articulación indígena la que sirvió de punto de encuentro para todos los movimientos representados allí y la que proveyó una alternativa de una vida distinta para todos y todas. El pan-americanismo que surgió manifestado en la carta a la Cumbre de las Américas entonces requirió que los y las participantes de la Cumbre de los Pueblos incorporaran en su proyecto anti-neoliberal un reconocimiento a las realidades que viven las poblaciones indígenas y afrodescendientes en las Américas, y un marco político que surge de la cosmología indígena misma. Este pan-americanismo es crítico de las políticas unilaterales y punitivas de los Estados Unidos y a la vez surgió en alianza con sindicalistas, movimientos estudiantiles y anti-racistas, feministas, grupos LGBT y ecologistas del Norte. Vimos allí que los y las participantes se vieron en la necesidad de partir de sus realidades nacionales y compartirlas con los y las demás dentro de un paradigma que buscaba crear una voluntad común hemisférica. Ese trabajo no fue siempre fácil y fue un camino con sus propios recovecos, dadas las diferencias históricas, lingüísticas, políticas y culturales entre los y las participantes. Estos fueron retos y preguntas similares a los que se les presentaron a Luperón y otros y otras antillanistas en su momento.

En República Dominicana encontramos esfuerzos contemporáneos que confrontan día a día cuestionamientos similares, ya sea a través de la adopción del modelo de Buen Vivir por intelectuales y trabajadores culturales como Guabancex, un grupo de artistas e intelectuales que enfatizan los legados indígenas y africanos de la isla; en los programas de interculturalidad del Centro Bonó y sus esfuerzos de crear mejores relaciones entre haitianos, dominicanos y dominicanos de ascendencia haitiana; en una variedad de organizaciones comunitarias que buscan una vida digna para todos y todas

sin importar su origen étnico, género, clase o orientación sexual; en esfuerzos trans-fronterizos por los derechos de los y las trabajadores, los campesinos y las campesinas. Todos estos proyectos mantienen viva una tradición antillanista y pan-americanista que ha encontrado manifestaciones contundentes en esta isla desde el siglo diecinueve.

Leer a Luperón en diálogo con antillanistas como Betances nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre cómo articulamos paradigmas antillanistas y pan-americanistas hoy. Nos hace reflexionar sobre su potencial descolonizador, anti-imperialista, anti-racista. Nos obliga a cuestionar si justifican y reproducen nuestros legados coloniales, si aplicamos sin cuestionamientos ni repensar modelos del Atlántico Norte. Y nos mueve a reconocer las contribuciones epistemológicas y ontológicas de poblaciones no-europeas-indígenas, afro-descendientes, asiáticas- a nuestra conciencia antillana.

Referencias bibliográficas

Appelbaum, Nancy, Anne S. Macpherson, and Karin Alejandra Rosemblatt, eds (2003). Race and Nation in Modern Latin America. Chapel Hill: U of North Carolina Press.

Benítez Nazario, Jorge (2001). Reflexiones en torno a la cultura política de los puertorriqueños. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Betances, Ramón E (2001). “Alejandro Petión.” Las Antillas para los antillanos. Second edition. Ed. Angel Rama. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

- - - . “La abolición de la esclavitud en Puerto Rico y el gobierno radical y monárquico de

España” (2001) Las Antillas para los antillanos. Second edition. Ed. Angel Rama. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

- . "Los detractores de la raza negra y de la República de Haití." Las Antillas para los antillanos (2001). Second edition. Ed. Angel Rama. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- . "Carta Núm 67" (2008). Ramón Emeterio Betances: obras completas. Vol. 2. Eds. Félix Ojeda Reyes and Paul Estrade. San Juan: Puerto.
- Candelario, Ginetta. Black Behind the Ears. Duke: 2007.
- Castro Ventura, Santiago (2002). Andanzas Patrióticas de Luperón. Santo Domingo: Manatí.
- Cordero Michel, Emilio (1998). "República Dominicana, cuna del antillanismo." Cuarto Encuentro del Seminario Internacional Identidad Cultural y Sociedad en las Antillas Hispanoparlantes. Santiago de Cuba, July 5-7, 1998. Accessed on Jan. 27th, 2010. <http://clio.academiahistoria.org.do/trabajos/clio165/tema12-ecm.pdf>
- Ferrer Gutiérrez, Virgilio (1940). Luperón: Brida y Espuela. La Habana.
- Geggus, David P, ed (2001). The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World. Columbia: University of South Carolina.
- González Vales, Luis E (1978). "Betances en París: historia de una misión diplomática." San Juan: Colegio de Abogados.
- Guerra, Lillian (2005). The Myth of José Martí. Chapel Hill: U of North Carolina.
- Hernández Flores, Ismael (1983). Luperón, héroe y alma de la restauración: Haití y la Revolución Restauradora. Santo Domingo: Loteria.
- Lazo, Rodrigo (2005). Writing to Cuba. Chapel Hill: U of North Carolina.
- Luperón, Gregorio (1939). Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos Vols 1-3. Second edition. Santiago: El Diario.

Mirabal, Nancy Raquel (2001). “ ‘No Country But the One We Must Fight For’: The Emergence of an Antillean Nation and Community in New York City, 1860– 1901.”

Mambo Montage: The Latinization of New York. Eds. Agustín Laó-Montes and Arlene Dávila. New York: Columbia.

Nuñez Polanco, Diomedes (1997). Anexionismo y Resistencia. Santo Domingo.

Ojeda Reyes, Félix (2000). “Ramón Emeterio Betances, patriarca de la antillanía.” Pasión por la libertad. Ed. Félix Ojeda Reyes and Paul Estrade. San Juan: U of Puerto Rico.

---. La manigua en París(1984). San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

Reyes-Santos, Irmay (2008). “Capital neoliberal, raza, migración: análisis comparativo de relaciones dominico-haitianas y dominico-puertorriqueñas.” REMI 24.1: 13-34. <http://remi.revues.org/4245>

--- (2009). www.caribe_america.blogspot.com.

Rodríguez-Demorizi, Emilio (1975). Luperón y Hostos. Santo Domingo: Taller.

San Miguel, Pedro L (2005). The Imagined Island: History, Identity and Utopia in Hispaniola. Chapel Hill: U of North Carolina Press.

Toledo, Josefina (2002). Lola Rodríguez de Tió: contribución para un estudio integral. San Juan, LEA.

Tolentino Dipp, Hugo (1977). Gregorio Luperón: biografía política. La Habana: Casa de las Américas.

Torres-Saillant, Silvio (2006). An Intellectual History of the Caribbean. New York: Palgrave.